

sociedad

Este cerebro no volverá a investigar

La historia de un matemático premiado que abandona por un sueldo fijo

ANTÍA CASTEDO, Granada

Facultad de Ciencias de Granada, en pleno julio. Sólo están los conserjes, los guardianes que atesoran las llaves de las aulas, ahora vacías. Santiago Morales, matemático de 32 años, recorre los pasillos. Vuelve a su antigua casa y sonríe a los nuevos inquilinos para que le dejen entrar. "Aquí es donde yo daba clases", cuenta. Y mira las actas de notas que todavía cuelgan de la pared. "Sólo suspendía a los que no había más remedio", confiesa. Hace cuatro años que cambió la universidad por un instituto de secundaria en Manzanares, Ciudad Real.

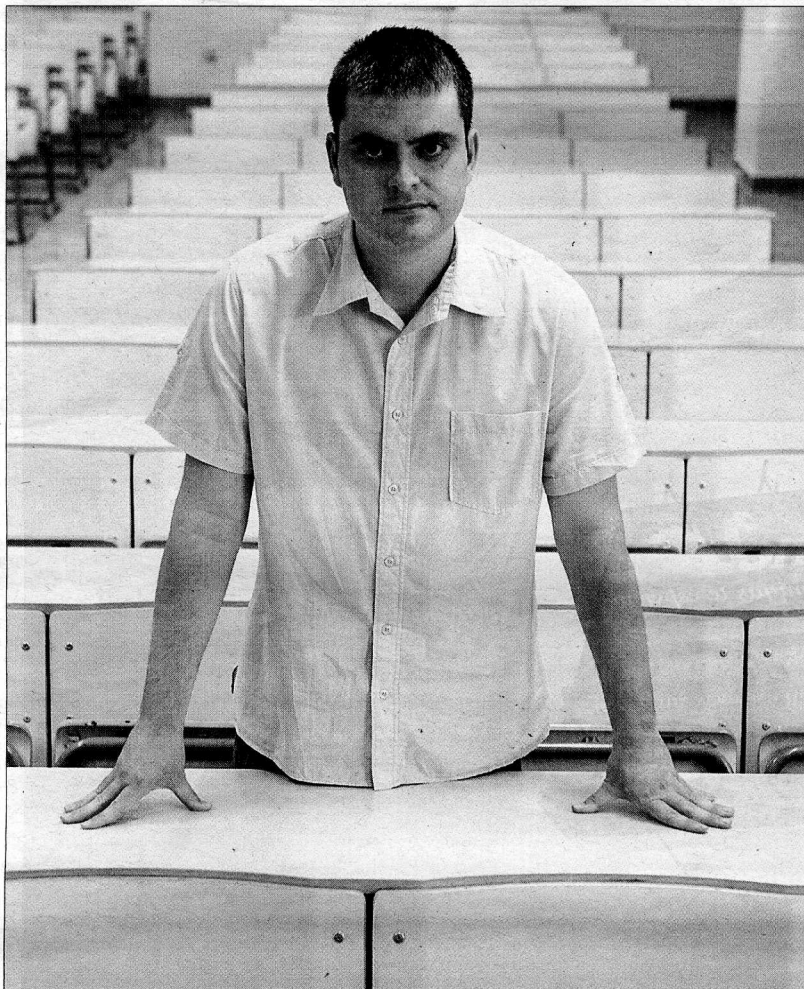
Este granadino de ojos grandes y expresivos ganó en 2006 el premio más prestigioso para un joven en su disciplina por sus trabajos sobre las superficies minimales. Más tarde, tomando un refresco al abrigo del calor estival de Granada, intenta explicarlo para no iniciados. "Cuando sumerges un alambre en forma de circunferencia en agua con jabón, la capa de jabón resultante, que se

El reconocimiento de la Real Sociedad Matemática llegó tras años precarios

apoya en el alambre, es una superficie minimal". El jurado del premio José Luis Rubio de Francia, otorgado por la Real Sociedad Matemática Española, destacó su trayectoria en el departamento de Geometría. Pero el premio llegó tarde, él ya había abandonado.

El niño que se empezó a hacer preguntas cuando su padre, carpintero de profesión, les inculcaba a él y a su hermano la curiosidad por el mundo con un atlas que les parecía demasiado grande, se cansó un día de no poder hacer planes y no saber qué pasaría el año siguiente. Su periplo es similar al de miles de jóvenes españoles, expertos por necesidad en encadenar becas y contratos temporales para tratar de hacer valer su vocación por la ciencia.

Comienza la enumeración: en



Santiago Morales, en un aula de la Universidad de Granada, donde dio clase. / M. ZARZA

4º de carrera, beca de iniciación a la investigación. Al acabar 5º, beca del Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Después, otra beca más, en el departamento de asistencia informática. Y luego otra para empezar su tesis doctoral en el Departamento de Geometría. El primer año cobraba 500 euros al mes; el último, 900. Después de leer su tesis llegaron dos contratos temporales más, de colaborador. El sueldo rondaba ya los 1.200 euros.

Santi estaba impaciente por lograr una estabilidad laboral y económica que, a los 28 años, no vislumbraba cercana ni certera.

Antonio Martín, catedrático de Matemáticas de la Universidad de La Laguna, explica las dificultades a las que se enfrentan los investigadores noveles: "Hay jóvenes con una capacidad extraordinaria que se están quedando fuera". Para intentar cambiar esta tendencia, un grupo de profesores y catedráticos de Matemá-

cas rescataron la historia de Santiago Morales en una carta reciente al presidente del Gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero, para reclamar medidas que faciliten la incorporación de los jóvenes investigadores a la universidad y criticar "el progresivo envejecimiento" del profesorado. La media de edad en las universidades supera con creces los 40, y en algunas, como la Complutense de Madrid, un tercio de los profesores tiene entre 50 y 60 años.

Hasta ahora han firmado 150 personas.

Los firmantes, todos docentes veteranos, pretenden que se remedie la carrera de obstáculos a la que se ven abocados los jóvenes, que no logran la estabilidad "hasta pasados los 35 años".

Esa ansiada tranquilidad la encontró el matemático en Ciudad Real, donde, además, se reunió con su mujer. Y, con la estabilidad, llegó un hijo. El pequeño Santiago, de 15 meses. "Si no hubiera renunciado a la investigación, no sé si tendría ahora un hijo".

"El primer examen de bachillerato que les puse a mis alumnos, lo suspendieron todos", sonríe con la picaresca del que ha aprendido la lección. Retó a los alumnos como lo retaron a él. Pero los tiempos han cambiado. "Los muchachos se rebotaron porque el examen era muy difícil", cuenta.

Santiago Morales reflexiona sobre el giro que ha dado a su vida. La investigación requiere muchas horas, incluso en vacaciones, porque no basta con cumplir. Para publicar y acumular

150 matemáticos denuncian el envejecimiento de la universidad

méritos, hay que revisar artículos, ir a congresos, leer mucho y pensar. Durante horas. Llegar a un momento en que tienes las incógnitas tan presentes que puedes trabajar mientras caminas. Pero es un esfuerzo gratificante. Ni playas desiertas, ni viajes alrededor del mundo: "Si me tocara la lotería, me pondría de nuevo a investigar", dice el galardonado científico.

El momento de recibir el premio fue agrio. De un lado, el reconocimiento por los años de trabajo. De otro, la sensación de alejamiento de un mundo que le apasiona. La noticia llegó una tarde de domingo, entre lloros, papi-las y pañales. Luego, más tranquilo, pensó: "¿Y si sacara algo de tiempo para seguir con la investigación?". Pero van pasando los días. Y la rutina engulle.

La eterna adolescencia

ANÁLISIS

Javier Sampedro

El matemático y escritor británico Ian Stewart afirma que "una inversión de mil millones de dólares en matemáticas transformaría la existencia de la humanidad de manera mucho más sustancial que la misma suma gastada en unos pocos accesorios y piezas para un nuevo acelerador de partículas o en el enésimo ejercicio para lograr una enorme colección de sellos biológicos".

España apenas dedica a la investigación un 1,2% de su producto interior

bruto (PIB), y es probable que la crisis económica retrase los planes del Gobierno para estimular la inversión. Pero las matemáticas, como señala Stewart, no necesitan una financiación muy abultada, y el caso de Santiago Morales ilustra muy bien que no todas las dolencias de la investigación española son adjudicables a la falta de dinero para los proyectos. Hay, además, una carrera científica y un entorno.

Por muy acostumbrados que estemos al espectáculo, no deja de ser chocante que los científicos se pasen media vida empalmando becas y contratos precarios, carentes de la posición económica

ca y de la estabilidad necesarias para hacer planes de futuro o establecer una familia, y soñando con opositar a una plaza fija cuando la composición del tribunal sea propicia. La ciencia exige entrega y pasión, y los investigadores son gente muy vocacional, pero no se puede pedir a nadie que detenga su reloj en la adolescencia hasta cumplir los 35 años, ni que deje en suspenso su vida personal por una vocación profesional.

Es obvio que hacen falta más plazas de científicos, porque el sistema español no está ahora mismo en condiciones de recuperar con dignidad a sus propios cerebros, no hablemos ya de

atraer al talento extranjero. Pero también se precisan formas de contratación más dinámicas que las oposiciones a cátedra, y una carrera científica que esté a la altura de las aspiraciones de los jóvenes investigadores. Los profesores de ciencias llevan años quejándose de la "crisis de vocaciones", y así seguirán mientras los estudiantes brillantes encuentren más atractivo estudiar Empresariales que encerrarse en un convento académico.

Por lo demás, no es un buen momento para ahuyentar a los matemáticos del sistema, sino para todo lo contrario. La física siempre se ha apoyado con fuerza en las matemáticas, y la nueva biología las necesita cada vez más. Lo que falta no es talento, sino agudeza política.